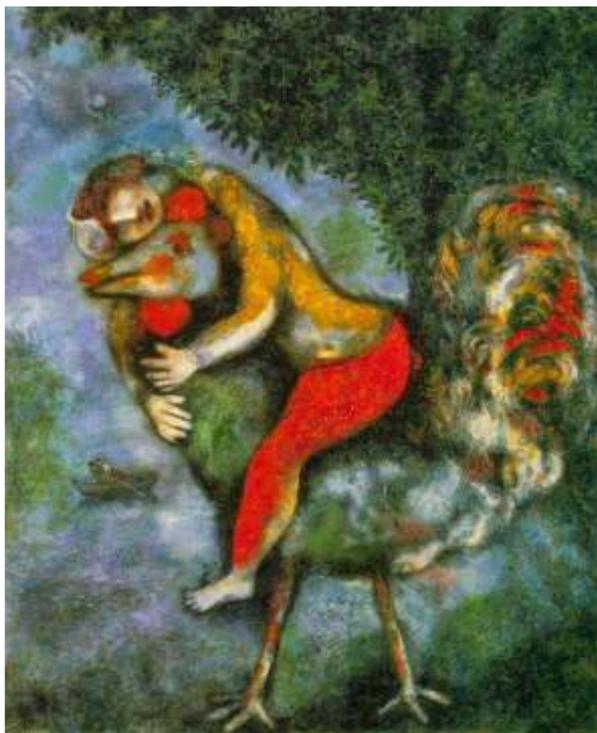


COLECCIÓN
ILUMINACIONES
POESÍA

LEVITACIONES



MARCOS SILBER



Silber, Marcos

Levitaciones / Marcos Silber. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Ruinas Circulares, 2016.

64 p. ; 20 x 14 cm. - (Iluminaciones / Díaz Mindurry, Liliana)

ISBN 978-987-3613-63-0

I. Poesía Argentina. I. Título.

CDD A861

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

ENERO 2016

Diseño de tapa: Florencia Biondo

Imagen de solapa: Marc Chagall: *El gallo*

Contacto con el autor: marcoossilber3@hotmail.com

Ediciones Ruinas Circulares

Directora: Patricia Bence Castilla

Aguirre 741 - 7º B

(1414) Buenos Aires

E-mail: info@ruinascirculares.com

www.ruinascirculares.com

M A R C O S S I L B E R

L E V I T A C I O N E S

COLECCIÓN ILUMINACIONES

ediciones ruinas circulares

Para;

Ángela Inés García Castrillón.

Giulietta Masina a Anthony Quinn
"La Strada" (Dirección: Federico Fellini)

"No podemos irnos ahora que plantamos los tomates"
(Gelsomina a Sampano)

El circo azul



Marc Chagall

“LA ANUNCIACIÓN”

Es Fra Angélico,
el más celoso de los siervos de Dios
quien abriga a la Virgen con un manto azul
y con ello entra para siempre
en el ojo del mundo “LA ANUNCIACIÓN”.

Es un día apacible, de gasas piadosas
en cielo bendito.

El Santo y la Santa se miran.
Nada se dicen. Sólo se miran
cuando el manto se eleva y viaja
hasta el aterido cuerpo de una mendiga.

Al tiempo, todo se ilumina
con el rayo aprobador del Supremo.

RITUALES

Se retira el atardecer.

Llueve/llovía y las mías hermanitas
corren/corrían disparadas hacia la cocina
que las recibe loca de contenta
con harinas caídas del cielo
para levantar tortas fritas,
piedras preciosas de gustar
en gloriosas tardes de lluvia.

Fiesta para los dedos voraces,
para el olfato adivinador fiesta:
fiesta para la mirada codiciosa,
banquete, mesa tendida en el paladar dichoso,
fiesta musical para la danzarina fritura.

Es otoñalmente cierto,
las mías hermanitas ya no están
pero llueve, entonces ellas regresan
felices, alborotadas, al ritual
de recibir harinas caídas del cielo
para volver a levantar tortas fritas
y no acabar de morirse
jamás.

LLAMADA

Ahora que la cuerda de la inquietud ajusta,
ahora, debiera darse la llamada
de la que fue y se salió.

Ahora cuando gobierna la madre penumbra
la socorrista no acude la fugitiva.

Y no alcanzan las migas evocadoras,
no alcanzan las máscaras de oxígeno
ni llegan luces a mi ocupante tiniebla.

Se trata de su voz de ella, en clave
de alto sol y melodía sanadora.

Justo resultaría, ahora, su voz
lloviendo sobre mi tanta sequía.

Porque no llega desnuda, solita su voz;
viene con color de paisaje atrapador,
con aroma de aturdir viene,

con sonrisa *Yoconda* de chica vecina
y el vestidito ese que yo izaba
para entrarle a su ardiente capilla.

Me digo que la sola llamada,
el solo timbre la pone carnal contra mí,
la trae cerquita de mi hambre
por los banquetes que ella
le daba de comer a mi vida.

MÍA MAMÁ

Por aquellos días, la mamá mía llegaba
con el sagrado beso de las buenas noches,
su sello protector.

Ocurrió desde la camita, el sueño;
desde hace toda la vida ocurrió.

El beso que abría puertas al encanto
y los cerraba a los cucos, a los feroces espantos,
al enano de la papura, el asustador.

Rituales de besos amparadores
en juego de jugar; y, cerquita
un yo de ahora, anciano espectador
sonriendo con dulce añoranza.

De aquel tiempo, algo se salió del libreto;
huyó para nunca más buenas noches
y dulce sueño nunca más.

Salvo el caso de la víspera -tan extraño-
cuando a ojos cerrados
le atrapé un antes al entonces; lo rapté
y volví a sentirla a la mía mamá,
su olor jazminero, las manos suyas de brisa,
su voz de toda mía,
su sello protector.

LEVITACIONES

Todo y nada levita.

Levita la tos de la tísica del fondo.

Levita el violín llorón del solitario polaco.

Levita el ataque de los marcianos televisivos.

Levita la melódica succión del bebé devorador.

Levita gallarda la juventud del hijo del hijo.

Levita la cariada hambruna de Ruanda.

Levita la cuenta regresiva del bastón del anciano.

Levita el perfume jardinero en el retrato de la querida.

Levita la madera gloriosa del caballito guerrero.

Levita la reina blanca frente al jaque matador
de los peones negros.

Levita la maldad del áisberg del abandono.

Levita el tranvía de los buenos deseos.

Levita el celular en la voz que va y viene
de solo a solo.

Levita la turbulenta vida con la patrona del tiempo
a medio levitar entre la bienvenida en mesa de entrada
y los hurras, los adioses terminales de la salida.



Diría, rogando no ser malentendida, que más que un libro de poemas éste puede aparecer a primera vista como una colección de estampitas, de esas que alegraban la infancia, o esas figuritas encantadoras que intercambiábamos en el patio de recreo del colegio. Leves, iluminadas, inocentes, voluntariamente kitsch: pero allí está Marcos Silber y esa vuelta de tuerca que es su poesía

irónica, tierna, agazapada en un rincón su sonrisa feroz. De pronto entre las estampitas asoma un aguafuerte implacable, como el retrato de las vecinas enfundadas en sus soledades; o bien del salón en el ángulo oscuro emerge la elegía a la Lettera 22. Aquí está la solista del coro, que “como sablazo le taja la yugular al día cuando clama: se cortó la melódica leche.”; allí la del inquietante epitafio “no descansa en paz”, que solía “treparse al mirador del crepúsculo de cada tarde y reprocharle al altísimo por la tanta niebla que la embestia”. Hay suaves destellos de erotismo “y el vestido ese que yo izaba para entrarle a su ardiente capilla” y hay también una seca desesperanza “el milagro nunca trabajó para mí”- que se aferra sin embargo al reino de lo imposible: “nadie perturbe mi alucinería”.

Y hay finalmente un poema magistral a la mía mamá: “Salvo el caso de la víspera -tan extraño-/cuando a ojos cerrados/le atrapé un antes al entonces; lo rapté/y volví a sentirla a la mía mamá,/ su olor jazminero, las manos suyas de brisa,/su voz de toda mía,/su sello protector”. Remoto hermano de Vallejo y de Gelman, Silber levita levitándonos, y vuelve respirable el horizonte de nuestra poesía con el humor delicado de un punzante y memorable vals.

Ivonne Bordelois

